

## *Farmacias monasteriales de la Orden Cartuja*

JULIA LÓPEZ CAMPUZANO  
(U.C.M.)

La Medicina y la Farmacia tuvieron desde la más remota antigüedad connotaciones mágicas y mistericas. El uso de las plantas y drogas curativas fue un aprendizaje largo y arduo cuyo origen se nos presenta, por parte de la Mitología, como un conocimiento divino y especializado que, en un determinado momento, la correspondiente deidad concede graciosamente a un elegido. Diversos mitos de todas las culturas así lo confirman: En Mesopotamia el dios médico era SIN, y en el famoso *Código de Hammurabi* se representa a SHAMA dando al rey una compilación de leyes, y entre ellas están las que regulan el ejercicio de la Medicina. En Egipto el dios encargado de la transmisión de los secretos farmacológicos fue THOT, divinidad intelectual y escriba de los dioses. En China, el hombre sobre el que recayó el privilegio debió ser un rey, porque los nombres de médicos más antiguos que se conocen corresponden a emperadores. Lo mismo ocurrió en la India donde, según la tradición, BRAHMA, compadecido de los mortales recopiló los conocimientos médicos y los entregó a otros dioses para que, a su vez, los hiciesen llegar a los hombres, recayendo la elección en un rey y un médico. En Grecia HÉCATE es la diosa que conoce el secreto de las plantas, pero el héroe médico por excelencia es ASKLEPIOS, hijo de Apolo y de la mortal Corónide, cuyo culto se estableció en Epidaurus. En su templo se desarrolló una verdadera escuela de medicina dirigida por los *asklepiades* (sacerdotes de Asklepios) que practicaban una auténtica magia, aunque hoy se admite que su actuación preparó el advenimiento de una medicina más científica. El más célebre de sus seguidores fue Hipócrates, con el que entramos en la historia de la Medicina Occidental<sup>1</sup>.

A través de esta sucinta introducción el lector puede advertir cómo, desde su origen, existe una relación entre la divinidad y los hombres que curan (aún no se concretan diferencias entre médicos y farmacéuticos) y cómo se va perfilando un lugar

---

<sup>1</sup> Vid. López Campuzano, J.: *Cerámica farmacéutica: Las farmacias de Madrid*, Publicaciones de la Universidad Complutense (Tesis Doctoral), Madrid, 1989.

en los que se ejerce esta actividad: los templos de Asklepios<sup>2</sup>. Asimismo, puede vislumbrarse una relación de causa-efecto entre la ingestión de brebajes (infusión o cocción de plantas medicinales) o la aplicación de apósitos —acciones que se acompañaban de reiteradas letanías—, y la curación de los enfermos. Naturalmente, todo ello fue creando una tradición secular muy difícil de erradicar, aun cuando la medicina adquiere cada vez con mayor nitidez los perfiles de una ciencia empírica y sus seguidores dejaron de ser sacerdotes para convertirse en profesionales independientes, ya con la modalidad de itinerantes o ya la de establecidos en una ciudad. A pesar de ello, los enfermos siguieron viendo en el templo una mayor aproximación a los dioses que podían devolverles la salud, tanto por la acción «profesional» inmediata de los sacerdotes, sus intermediarios más directos, como por la forma de realizar aquélla —los repetitivos rezos durante la atención al enfermo—. Mas, sea como fuere el ejercicio de la medicina, en el templo o fuera de él, los curadores debían proveerse de ciertas materias —hojas, raíces, semillas, ciertos minerales, aceites, etc.— para cuyo almacenaje y/o transporte se hacían necesarios recipientes adecuados —cajas, botes, bolsas, etc.— que, aunque elementales y escasos en número al principio, con el tiempo llegaron a constituir notables colecciones, especialmente cuando las profesiones de farmacia y medicina se independizan. El boticario —civil o religioso— se convierte en un profesional establecido con oficina abierta al público en la que se ordena sobre estantes de armarios, anaqueles y vitrinas, todo un ajuar de botes de vidrio, de cerámica, y cajas de madera, en los que guardar los productos simples, necesarios para su trabajo, o los ya elaborados, dispuestos para ser dispensados.

## LA FARMACIA EN LOS MONASTERIOS

Tras la división del Imperio por Teodosio, los impulsos investigadores que hicieron avanzar a la ciencia decaen de forma alarmante y sólo la labor realizada por los monjes copistas de antiguos manuscritos en los monasterios, logran salvar los restos de la cultura clásica. Pero en las escuelas catedralicias y monacales además de preparar a los alumnos para el sacerdocio se les imponía en la teoría y práctica de la medicina ya que, en numerosas ocasiones, habían de usar de ella con los enfermos del propio cenobio, o con los ingresados en los hospitales y asilos anexos a los monasterios.

La práctica de la medicina por parte de religiosos regulares tiene su antecedente en los monasterios benedictinos, ya que su Regla recomienda explícitamente, en el capítulo 36, la caridad con los enfermos<sup>3</sup>. En principio, los cuidados médicos de

<sup>2</sup> En la actualidad en la India también se ejerce cierto tipo de medicina en los templos, a los que acuden los menesterosos.

<sup>3</sup> Existen otros capítulos importantes relacionados con este tema: *Regula Benedicti*, cap. 31.9: Sobre los cuidados que el mayordomo debe ejercer sobre los enfermos, niños, huéspedes y pobres; caps. 39.11; 40.3, 48.24 (consideraciones con los enfermos en la comida, bebida y trabajo), etc.

los monjes benitos al prójimo falto de salud aparecen guiados por un sentimiento profundamente cristiano: se cuida al enfermo como medio para suavizar el sufrimiento de «ese otro Cristo paciente»<sup>4</sup>; sin embargo, con el paso del tiempo, el ejercicio de la medicina por los monjes dio lugar a graves abusos a los que paulatinamente fueron poniendo coto los Concilios de Reims (1131) y de Letrán (1139), llegándose, finalmente, a prohibir a los monjes la práctica de la medicina con ánimo de lucro; posteriormente, en el siglo XIII, se les prohibió definitivamente practicar el arte de curar. A partir de entonces, el monje-médico se convirtió en monje-enfermero y en farmacéutico bien entendido en cuestiones botánicas, consistiendo su principal labor en el cuidado del jardín del cenobio, en el que no debían faltar las 16 plantas necesarias para el cuidado de los mortales<sup>5</sup>.

La reglamentación benedictina para el cuidado de los enfermos y la legislación conciliar de la Iglesia al respecto, se extendió en la práctica a todas las Ordenes religiosas, llegando a afectar, incluso, a los seguidores de San Bruno, a pesar de que, por su tipo de vida eremítica, nunca existió entre ellos el peligro de abandono del convento a cambio del más lucrativo oficio de la medicina privada, pero en la *Nova Collectio* de 1582 ya se puntualiza que «de haber algún monje médico en las cartujas, les estará terminantemente prohibido el ejercicio de su arte en los extraños»; y en cuanto a los medicamentos, la orden es bien clara: «han de usarse sólo en casos verdaderamente necesarios y previa licencia del prior».

## LA FARMACIA EN LAS CARTUJAS

Con lo expuesto hasta aquí sería lógico pensar que en las Cartujas no existieron farmacias. No obstante, la pervivencia de alguna botica llegada hasta nuestros días, como la de la Cartuja de Valldemossa, el reflejo en antiguos planos de complejos monacales cartujanos en los que se reseñan otras con anotaciones precisas, así como el hallazgo de numerosas piezas de ajuares farmacéuticos en los que campea la heráldica particular de cada convento, vienen a sacarnos de toda duda. Pero no por ello dejamos de preguntarnos el por qué de la existencia de estancias con la clara denominación de «botica» en los eremitomitorios cartujanos, si se hacía tan escaso uso de los productos curativos. La respuesta la encontramos en que la austera norma estaba dirigida sólo a los componentes de la Orden de San Bruno, pero no afectaba a los criados, «familiares», huéspedes, y todo aquel menesteroso que se acercara al convento en busca de ayuda para el cuerpo enfermo, ya que la caridad y la generosidad con el prójimo constituyen una de las principales normas de actua-

<sup>4</sup> San Benito subraya la identificación del enfermo con Jesús, basándose en los Evangelios «enfermo estuve y me visitásteis» (Mat. 25,36).

<sup>5</sup> Dom Schmitz, Ph.: *Histoire de l'Ordre de Saint Benoît*, t. V, pp. 335-336. Según este autor dichas plantas eran: la menta, el romero, el lirio blanco, la salvia, la ruda, el gladiolo, el poleo, el heno griego, la rosa, el berro, el rábano, el comino, el apio montano, el hinojo, la atanasia y la «sariette».

ción de los cartujos, aunque sean los hermanos conversos los que se ocupan, generalmente, de estas labores.

La instalación de eremitorios cartujanos en España data de 1163 con la fundación de la Cartuja de Scala Dei, en Tarragona, constituida en casa-madre de las españolas. A partir de ella se llegaron a crear hasta 21 monasterio, de los que tan sólo 16 pervivieron hasta la exclaustación de 1835. Unas tuvieron una existencia que podríamos denominar efímera, como las de San Pol de Mar (Gerona) 1269-1434; Valparadís (Tarrasa) 1345-1415; La Anunciata (Valencia) 1442-1445; Ara Coeli (Lérida) 1588-1596; y Via Coeli y San José (Orihuela) 1640-1681<sup>6</sup>. Las citadas, debido precisamente a su corta existencia, carecieron de farmacia. Todas las cartujas de la Provincia de Cataluña tuvieron botica<sup>7</sup>, aunque sólo hemos encontrado referencias o indicios de posibles instalaciones de farmacias en las siguientes cartujas españolas:

## 1. Cartuja de Scala Dei, 1163-1835

Monasterio de fundación real (Alfonso II de Aragón favorece la instalación de esta cartuja en sus dominios). No existe ninguna referencia biográfica sobre los frailes que se ocuparon de la botica, aunque se conoce el nombre de un farmacéutico, el hermano Salvador Vilella, que se especializó en el estudio de la Botánica, interesándose por la flora de la región, y creó un jardín de plantas medicinales, recopilando, además, un excelente herbario<sup>8</sup>. En esta botica cartujana se conservaba un códice manuscrito titulado *Liber Agregationum Serapionis Virtute Simplitium Medicinarum*, obra de Johannes Serepión, Árabe, tratado sobre las virtudes medicinales de las plantas. Asimismo, se conocen cierto número de botes de farmacia que pertenecieron a este monasterio, de los que se han ocupado varios autores: Joaquín Cusi Fortunet cita 8 albarellos que ostentan el escudo propio de esta cartuja<sup>9</sup>, cuyo principal blasón es una escalera rematada por una cruz. Roldán Guerrero rastreó la pista del itinerario seguido por estos botes después de la desamortización; partiendo de la descripción que sobre los mismos realiza, y teniendo como base las fotografías incluidas en su artículo, parece fuera de toda duda que se hicieron en la fábrica de Alcora (siglo XVIII). Asimismo, existe en el Instituto Valencia de Don

<sup>6</sup> Gómez, Ildefonso M.: *La Cartuja en España*, Analecta Cartusiana, p. 107. Ed. Dr. James Hogg, Salzburgo, Austria, 1984.

<sup>7</sup> Según la Profesora Elena Barlés, de la Universidad de Zaragoza, especialista en temas cartujanos.

<sup>8</sup> Gómez, Ildefonso M.: *Ob. cit.*, p. 321. Este autor dice que lo atestigua un abad y protonotario apostólico que pasó por Scala Dei antes de 1491.

<sup>9</sup> Cusi Fortunet, Joaquín: «Los botes de Farmacia de la Cartuja de Scala Dei», en *Boletín de la Sociedad Española de Historia de la Farmacia*, n.º XI, pp. 59-61, Madrid, 1960.



Lám. 1. Albarello procedente de la Cartuja Scala Dei. Cerámica de Manises.  
Fines del siglo xv. I.V.D.J.

Juan (Madrid) un ejemplar mucho más antiguo, presentando la misma heráldica, procedente de un alfar de Manises activo en el siglo xv<sup>10</sup>, además hallamos otros ejemplares talaveranos del siglo xviii, que se encuentran depositados en el Museo de Artes Decorativas (Madrid)<sup>11</sup>.

## 2. Cartuja de Valdecristo (Segorbe, Castellón), 1385-1835

En la actualidad se halla en ruinas, porque tras la exclaustación sus construcciones se utilizaron como cantera de materiales reutilizados. En la actualidad la Comunidad Valenciana está llevando a cabo estudios arqueológicos y obras de consolidación y restauración de lo conservado bajo la dirección del arquitecto don Enrique Martín Gimeno, quien me ha constatado la existencia de una antigua botica monasterial, así como la existencia de algunos botes de cerámica farmacéutica correspondientes a la misma. Hasta ahora no existía constancia fidedigna de esta botica, aunque en la obra de Ildfonso M. Gómez<sup>12</sup>, en el apartado correspondiente a este monasterio, se incluyen las biografías del prior Dom Juan de Castro que, tras su ingreso en la Cartuja de Valdecristo en 1535, ejerció el oficio de enfermero; y la del hermano Juan Olaverri<sup>13</sup>, ingresado en este convento en 1593 y muerto en 1641 «bien impuesto en cirugía» (había ejercido con anterioridad en un hospital de Zaragoza) quien, asimismo, desempeñó el oficio de enfermero en esta cartuja. A pesar de ello, debemos aclarar que sus respectivas actuaciones no certifican su práctica como apothecarios. El ajuar de esta botica fue trasladado al Hospital Militar de Segorbe.

## 3. Cartuja de El Paular, 1390-1835

El monasterio de Santa María de El Paular tuvo con seguridad farmacia. Se emplazaba en el ángulo de conjunción del claustro del «Ave María», destinado a los hermanos conversos, con el patio de «Matalobos» ocupado por los criados del eremitorio, y anexa a ella estaba la enfermería. Hasta no hace mucho se conservó un mosaico de cantos rodados situado ante la puerta de la estancia en que se instaló la botica un letrero informativo que decía «Real Botica»<sup>14</sup>. Su botamen se dispersó tras

<sup>10</sup> López Campuzano, Julia: *Ob. cit.*, p. 172, fig. n.º 15.

<sup>11</sup> *Ibid.*, p. 180.

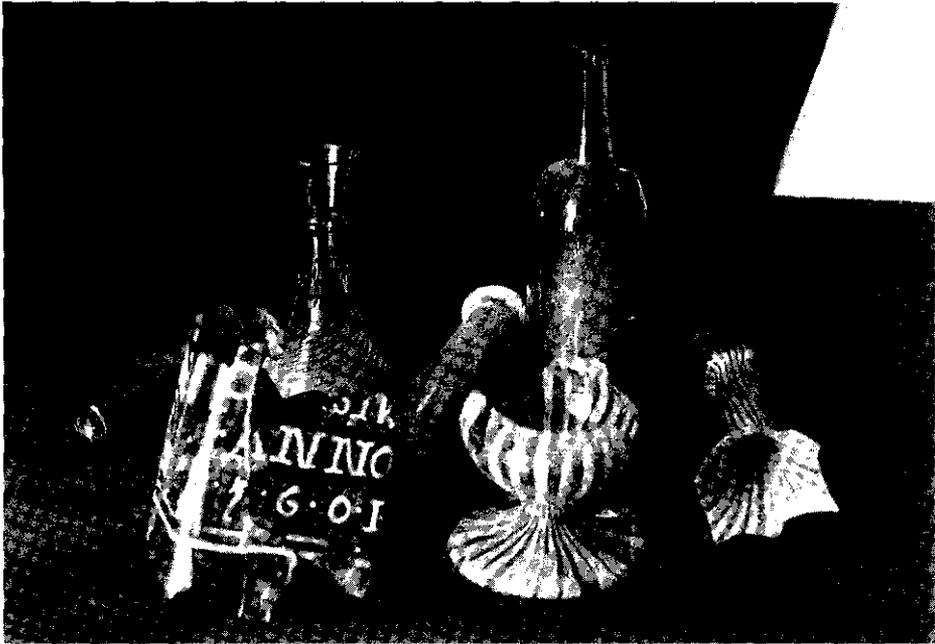
<sup>12</sup> Gómez, Ildfonso M.: *Ob. cit.*, pp. 317-319.

<sup>13</sup> Su vida es descrita con cierto detalle por el P. Joaquín de Alfaura, cronista de la cartuja de Valdecristo, deteniéndose especialmente en los aspectos que dan cuenta de la santidad y vida virtuosa del hermano Juan de Olaverri, de su reputación como cirujano y sus curas casi milagrosas. También Dom Le Vasseur en *Ephémérides Ordinis Cartusienensis*, t. I, pp. 9-11 (Monstrolii, 1890), hace una pequeña semblanza de este fraile cartujano.

<sup>14</sup> Gómez, Ildfonso M.: *Ob. cit.*, p. 321.



Lám. 2. Orza procedente de la Cartuja de Santa María de la Defesión.  
Cerámica sevillana del siglo XVIII.



Lám. 3. Recipientes de vidrio procedentes de la botica de la Cartuja de Jerez de la Frontera.

la exclaustación y hasta el momento se desconoce el paradero concreto que siguieron sus piezas cerámicas, las excavaciones realizadas junto a la antigua botica monasterial confirman que los botes estuvieron ornamentados con el escudo de León y Castilla, tal vez timbrado por la corona real, debido a su fundación<sup>15</sup>.

Entre los frailes encargados de la Botica de esta cartuja, Dom Le Vasseur cita al hermano Francisco de Fuentes (ingresó como converso en 1535 y murió en 1585); y al hermano Francisco Figueroa del que el manuscrito transcrito por Le Vasseur dice «fue boticario peritísimo, notable por su caridad con los enfermos» (murió en 1645).

#### 4. Cartuja de Valldemossa (Mallorca), 1399-1835

Este monasterio cartujo, bajo la advocación de Jesús Nazareno, tuvo una botica que, en principio, atendió las necesidades propias del convento, además de suministrar gratuitamente medicinas a los pobres y a los hermanos que vivían en el cercano eremitorio de la Trinidad, que aún mantiene su actividad. A partir del 6 de diciembre de 1723 quedó autorizada para atender a todos los habitantes de Valde-

<sup>15</sup> Roldán Guerrero, Rafael: *Ob. cit.*, p. 33.

mossa. La farmacia tuvo su primitivo emplazamiento en una estancia ubicada junto a la portería del monasterio, y allí siguió en funcionamiento tras la exclaustación bajo la dirección consecutiva de dos exfrailes cartujos (es de suponer que farmacéuticos, porque las leyes así lo exigían) y de un boticario civil<sup>16</sup>, pero actualmente se encuentra situada en una de las antiguas capillas utilizadas antiguamente por los monjes para officiar la misa privada diaria —que por sus dimensiones se adaptaba perfectamente a las de la antigua oficina de farmacia— llegando hasta nuestros días con un ajuar bastante completo<sup>17</sup>. Naturalmente, en la actualidad constituye una de las escasísimas Botica-museo con que se cuenta en territorio español, gracias a que fueron comprados todos los objetos que la componían cuando ya estaban empaquetados y a punto de salir de Mallorca.

La antigua capilla en la que se instala la farmacia-museo está abovedada y ornamentada con motivos florales, guirnaldas y cartelas con inscripciones en latín inspiradas en versículos del Eclesiastés, que fueron copiados con toda minuciosidad por el pintor Bartolomeu Ferrá de los frescos que decoraban la primitiva botica. La altura de esta estancia es algo menor que la de la botica original, por lo que hubieron de adaptarse las estanterías: En sus anaqueles se exponen albarellos, pildoreros y orzas de cerámica catalana ornamentada en azul cobalto<sup>18</sup> (que, curiosamente, no ostentan el escudo del monasterio, como usualmente hemos apreciado en otras cartujas); vasos de vidrio mallorquín y/o catalán, cuyos recipientes de colores azules, verdes y de tonalidad vinosa, exhiben diferentes formas y dimensiones; cajas de madera con tres tamaños diferentes y con forma de paralelepípedo con su correspondiente tapa y decoración pintada, que presenta la particularidad de representar en su frente los productos que en ellas se contenían: hojas, flores, cortezas, raíces, granos, minerales, etc.<sup>19</sup>. Un pequeño «ojo de boticario» bien compartimentado, en el que se guardaron los productos más peligrosos o de mayor valor, como piedras preciosas y drogas opiáceas; una mesa de laboratorio, morteros de distintos tamaños, balanzas del siglo XVIII... presidido todo ello por un cuadro de escuela italiana del siglo XVII con las imágenes de san Cosme y san Damián, los santos patronos de la

<sup>16</sup> Don Juan Esteva y Oliver, quien la había heredado de su tío don Gabriel Oliver y Ramis, fraile exclaustado de esta cartuja. D.<sup>ª</sup> Práxedes Esteva y Bordoy, hija de aquel, vendió todo el ajuar de esta farmacia (se realiza inventario de muebles, botamen, vidrios, y demás utensilios ante el notario de Palma don Antonio Roselló y Gómez el 24 de julio de 1933) a doña Ana M.<sup>ª</sup> Boutroux de Ferrá.

<sup>17</sup> El traslado al nuevo emplazamiento se realizó en torno a 1934 por diversos motivos, entre los que —según nuestra opinión— resalta como el más importante la necesidad de que estuviese incluida, una vez convertida en Farmacia-museo, en el circuito turístico de visita a la ex-cartuja.

<sup>18</sup> La cerámica de esta botica ha sido estudiada de forma pormenorizada por Perarnau i Salvatella, Lluís, y Santanach i Soler, Joan: *Farmàcies Antiques (XI) Valldemossa, 1.ª Part.*, *Bulleti Informatiu de Caramica*, Barcelona, abril-junio de 1985.

<sup>19</sup> En cuanto a estas cajas habría que revisar el protocolo notarial citado anteriormente, para saber cuantas cajas estaban inventariadas, y si se consigna la decoración, porque no es lo usual en la ornamentación de estas piezas y podrían haber sido decoradas por el pintor Bartolomeu Ferrá para dar más «carácter» al ajuar de su botica-museo.



Lám. 4. Botica de la Cartuja de Valldemossa (Mallorca). Siglo XVIII.

Medicina y la Farmacia, rodeado por un marco tallado y dorado, que en este caso sí ostenta en la parte superior el escudo de la cartuja valldemossina (corona real cobijando el escudete partido: a derechas la iconografía de Jesús como Ecce Homo, en figura de tres cuartos coronado de espinas y las manos atadas, tras cuya imagen aparece la cruz; a izquierdas, las cuatro barras de gules sobre fondo de oro, propias de los reyes de Aragón, en recuerdo de la fundación del monasterio por Martín el Humano).

No existe constancia documental expresa del funcionamiento de esta botica monacal con anterioridad a la fecha que citamos (1723) pero, a partir de entonces, parece que se pensó que también se podría atender al público que lo solicitase<sup>20</sup>. Entre los nombres de los boticarios que regentaron esta farmacia está Francisco Pascual, titulado maestro boticario y que había ejercido como tal en Manacor, quien

<sup>20</sup> Luis Ripoll en *La farmacia de la cartuja de Valldemossa* (1987), pp. 43-44, alude a resoluciones conventuales en las que se trata expresamente este tema por el que se establecía que el boticario que la regentara había de llevar las cuentas reflejadas en tres libros: uno «para las recetas de las medicinas y deudas que se han de cobrar»; otro «para escribir las medicinas que gasta la Comunidad y que se dan de limosna como se hace en las Boticas de las otras Casas» y un tercer libro «para las cuentas generales de la Botica y del Aboticario al P. Conrer».

ingresó en la comunidad cartujana. En la época en que don Gaspar Melchor de Jovellanos estuvo preso en esta cartuja regentaba la farmacia el P. Juan Bautista Capó a quien el escritor había conocido en la cartuja del Paular<sup>21</sup>. Otro cartujo boticario fue el hermano Mariano Cortés, que había profesado en 1802 y en 1820 escribió un *Diccionario de los vegetales de Mallorca y sus usos descubiertos hasta el presente y semillas de todas clases*, a quien, al parecer, conoció George Sand y nos lo describe en su obra *Un invierno en Mallorca*.

## 5. Cartuja de Santa María de las Cuevas (Sevilla), 1400-1835

Este monasterio contó con la instalación de una botica en su recinto, cuya ubicación se conoce por antiguos planos, a la que también hace referencia, en 1635, Don Alonso Sánchez Gordillo, abad de los beneficiados de la clerecía de Sevilla:

«Hay en el Convento una muy buena botica abundante en todos los medicamentos usuales encomendada a un religioso lego que entiende en el oficio y un mozo seglar que ha estado en botica secular importante y asimismo tiene otro criado ayudante que como el sea buen erbolario y droguita. De la botica se sirve el Convento y se dan a título de limosnas todas las medecinas que piden los pobres en la puerta del campo de la Cartuxa por mano del portero.»<sup>22</sup>

La botica a la que nos referimos tuvo un importante ajuar farmacéutico del que debemos destacar su botamen: el Museo Arqueológico de Sevilla guarda diversas piezas de cerámica trianera —caracterizada por su esmaltado blanco y decoración en azul cobalto—, entre las que se cuentan albarelos y orzas de 1752, que ostentan el escudo propio del Monasterio de las Cuevas: Escudo: óvalo con 5 estrellas sobre báculo de doble cruceta, todo ello cobijado por capelo arzobispal; el mismo que el de su fundador, el arzobispo de la sede hispalense Don Gonzalo de Mena. También el Museo de la Farmacia Militar de Madrid, posee una orza del siglo XVIII ornada con este escudo.

## 6. Cartuja de Santa María de Montalegre (Barcelona) 1415-1835; 1901...

La botica de este monasterio aparece reflejada en un antiguo plano, ubicada en el ángulo frontal derecho del patio de entrada, en torno al que se disponían las cel-

<sup>21</sup> Ramis de Aireflor, J. y otros: *Historia documental de la Real Cartuja de Valdemosa*, Palma, s.a.

<sup>22</sup> Sánchez Gordillo, Alonso: Ms. de 1635 titulado «Sumaria relación del Monasterio de Santa María de las Cuevas del Orden de Cartuxa», fols. 236-278, inserto en su obra *Memorial de las grandezas eclesiásticas de la ciudad de Sevilla y catálogo de sus ilustrísimos arzobispos*. Actualmente en la Academia de la Historia.

das de los hermanos conversos. Tuvo, asimismo, este monasterio un jardín botánico emplazado en el segundo claustro, el de levante, proporcionando la venta de plantas medicinales un beneficio económico a los cartujos. Entre los encargados de la botica Dom Le Vasseur cita al hermano Juan Bautista Cavalli, nacido en Siena, ingresando en esta cartuja en 1562, cuando tenía 20 años, siendo ya farmacéutico. Tuvo a su cargo la *obediencia* u *oficio* de enfermero durante los 50 años que vivió en el monasterio; y a Dom Anselmo Doménech, natural de Gerona, «farmacéutico peritísimo y no poco versado en medicina» que ingresó en el convento de Montalegre en 1620 y fue nombrado enfermero. Murió en 1629 a los 33 años de edad<sup>23</sup>. El Dr. Cusí en su estudio *El ejercicio de la profesión farmacéutica en las Ordenes religiosas residentes en Cataluña*, hace referencia a que en el año 1835, al tiempo de la exclaustación, se ocupaba de la botica del monasterio un «germá apotecari», el hermano Rafael, que tenía a su cargo esta *obediencia*.

Del ajuar de esta farmacia monasterial sólo queda un alambique, y del botamen no se conoce ningún ejemplar, que estaría caracterizado, como es normal, por la heráldica propia del monasterio, constituida por escudete conteniendo como blasones una cruz entre dos pinos que corona un alto monte y siete estrellas en torno a la cruz.

## 7. Cartuja de Miraflores (Burgos), 1442-1835; 1880...

La existencia de una botica en este monasterio se indica en un plano del mismo. También nos basamos en la biografía del hermano Cristóbal Cerezo extraída del manuscrito de Miraflores por Dom León Le Vasseur quien la insertó en sus *Ephemeridies Ordinis Cartusiensis*<sup>24</sup>; al que cita Idefonso Gómez<sup>25</sup>. En su escueta biografía —como es normal entre los catálogos de monjes y frailes cartujos— se subraya que el hermano Cristóbal no se limitaba sólo a distribuir limosnas entre los indigentes que se acercaban al convento, sino que «facilitaba medicinas a los enfermos» y que su celo caritativo era tal que un enfermo de peste al que curaba, le contagió su mal, muriendo a consecuencia de ello en 1599. La acción caritativa de dar medicinas a los necesitados, implica la elaboración de las mismas por él o por otro fraile del monasterio.

## 8. Cartuja de Aniago (Valladolid), 1441-1835

La historia de esta Cartuja la ha realizado recientemente Santiago Cantera Montenegro<sup>26</sup>, se sabe que tuvo botica y que estuvo ubicada en la zona correspon-

<sup>23</sup> Le Vasseur, León: *Ephemeridies Ordinis Cartusiensis*, t. I, p. 138. Monstrolii, 1890. Dom Irineo Jaricot: *La Cartuja de Santa María de Montealegre*, Montealegre, 1960, p. 113.

<sup>24</sup> Le Vasseur, Dom León: *Ob. cit.*, t. IV p. 491.

<sup>25</sup> *Ob. cit.*, p. 319.

<sup>26</sup> Cantera Montenegro, S.: *La Cartuja de Santa María de Aniago (1441-1835)*, 2 t., Salzburgo, 1998.



Lám. 5. Caja pintada y recipientes de vidrio. Botica de Valldemossa.

diente al claustro de los hermanos conversos o en las edificaciones destinadas a los *oficios* u *obediencias*, probablemente anexa a la barbería, tal como ocurre en los monasterios cartujos. También existe un testimonio escrito en el siglo XIX, que nos refiere que la botica se encontraba en el lado izquierdo de la entrada principal del monasterio<sup>27</sup>.

El obispo don Juan Vázquez de Cepeda fundador de este cenobio hizo primeramente donación a la Orden jerónima (con resultado efímero) de unos «palacios mayores» para que sirviesen de hospital de nobles y pobres, pero pronto el proyecto pareció inviable, dejó a disposición de la reina doña María de Aragón, primera esposa de Juan II de Castilla, su fundación de Aniago «para que en ella pudiera realizar lo que creyera mejor para servicio de Dios». Tras un breve periodo de permanencia de los dominicos en Aniago, la reina llamó a los monjes cartujos que se instalan definitivamente en Aniago en 1441. Estos datos nos importan desde el punto de vista de la heráldica, pues al convertirse la reina doña María en patrona del monasterio, el blasón que ostentan los botes cerámicos que correspondieron a esta cartuja es: águila bicéfala cobijada bajo corona real con el escudo cuartelado de castillos y leones, correspondiente a Castilla, ostentando en la parte inferior la leyenda «Rl. Cartuja de Aniago», y no el correspondiente al fundador, como ocurre en los

<sup>27</sup> Ortega Rubio, Juan: *Los pueblos de la provincia de Valladolid*, Valladolid, 1895, t. I, pp. 279-280.

monasterios cartujanos de Santa María de las Cuevas y Santa María de la Defensa.

Aunque es muy probable que en los primeros siglos de existencia un monje o hermano cartujo se ocupase de la elaboración de fármacos, en el siglo XVIII existe la evidencia documental de contratación de maestros boticarios para regir la Botica del monasterio, obligándose «con su persona y sus bienes muebles y raíces» a regentar la botica monacal con el celo que exige el arte que profesa, descargando a la comunidad de cualquier daño o perjuicio de las deficiencias de su administración o negligencia. En el Archivo Histórico Nacional<sup>28</sup> se encuentran dos contratos realizados entre la cartuja de Aniago y sendos profesionales de la farmacia: En 1780 se concierta con don Francisco Gómez de la Horga, maestro boticario natural de Potes en el valle del Liébana, que deberá ocuparse de la botica que se encuentra «dentro de su clausura»; en 1787 se hace un contrato similar con don Atilano Posalodos Rubio, vecino de Portillo.

De la cartuja de Aniago sólo quedan restos arquitectónicos muy ruinosos. Corrieron mejor suerte algunos botes pertenecientes a su farmacia, conservándose algunos albarellos en el Museo Arqueológico de Valladolid, otros en una colección particular (Col. Bellogín) de la misma capital, y finalmente el Museo de la Farmacia Hispana expone un bote entre las piezas de su magnífica colección.

## 9. Cartuja de Santa María de la Defensa (Jerez de la Frontera), 1476-1835; 1948...

Esta cartuja debe su fundación a Don Álvaro Obertos de Valetto, acaudalado caballero jerezano de ascendencia genovesa, quien no sólo dotó al monasterio en sus comienzos, sino que lo dejó heredero de sus bienes. Su construcción se realiza fundamentalmente a lo largo de los siglos XVI y XVII, sin que con ello afirmemos que no se hiciera nada durante el último tercio del siglo XV, ni en los posteriores a los ya citados.

En mi Tesis Doctoral ya recogí la sugerencia de Roldán Guerrero<sup>29</sup> sobre la existencia de una farmacia en este monasterio, aunque no se conocía, entonces, ningún bote procedente de la misma. En la actualidad el conocimiento de la historia de esta cartuja se encuentra muy avanzado debido al descubrimiento del manuscrito elaborado en su mayor parte por Dom Gaspar del Castillo (no se conoce la fecha exacta en que lo comenzó Dom Gaspar, pero sí la de su muerte, 1688, tras la que otros monjes continuaron su obra) que se encuentra depositado en la Biblioteca Nacional<sup>30</sup>, lo que ha permitido la realización de varios trabajos de investigación

<sup>28</sup> A.H.N. Secc. Clero, Leg. 7518.

<sup>29</sup> Roldán Guerrero, Rafael: «Hérmica Farmacéutica», *Boletín de la Sociedad de Historia de la Farmacia*, n.º XI, 1960, p. 29.

<sup>30</sup> B.N. Ms. 18259: *Historia de la Cartuja de Jerez de la Frontera*, donde se contienen noticias de toda índole referentes al monasterio jerezano.

sobre distintos aspectos relacionados con la Cartuja jerezana. Allí encontré noticias relativas a la botica, tanto en lo que se refiere a sus enseres y dotación, como en cuanto a su ubicación y a la biografía de monjes y hermanos del convento a lo largo de la existencia del mismo. Otro documento que puede aportar alguna luz a nuestras indagaciones es el Protocolo Primitivo de Fundación de la Cartuja, manuscrito que actualmente guardan en su archivo los monjes del monasterio y que en parte fue publicado por Manuel Esteve Guerrero<sup>31</sup>. Finalmente, en el Archivo Histórico Nacional se encuentran los inventarios realizados con ocasión de las exclaustaciones (1820 y 1835) en los que se incluye el contenido de la botica. Por otra parte, durante las labores de desescombros y restauración de esta cartuja se encontraron, entre otras cosas, fragmentos de cerámica y de vidrio que, una vez recompuestos, nos han permitido conocer el escudo con que se ornamentó la cerámica farmacéutica de la botica de este monasterio, a la que más tarde nos referiremos.

En el Protocolo Primitivo, durante el priorato de Dom Antonio Sánchez (1599-1603) se dice: «Hizo también las caxas pintadas y botes de la botica y todo lo demás aparato que en ella ay» y en nota marginal del mismo fol. CXXVI se añade: «En el año 1599... dispusose por entonces la botica, se traxeron de Seuilla los botes i vasijas i los generos i drogas». A este momento debe pertenecer los vasos de vidrio con inscripción y fecha de 1601, encontrados en la excavación de un pozo del monasterio, durante las obras de restauración y acondicionamiento en 1950. Seguidamente, en el fol. CXXVII el amanuense hace la relación de las obras y logros conseguidos durante el priorato de Dom Francisco de Caravaca (1614-1616) «Dexo acabada la procuracion barberia i botica... aunque no dexola conrreria en perfeccion (no terminó las obras)». Esta puntualización nos indica una ubicación de la botica distinta a la señalada sobre un plano del siglo XVIII, y por otro autor de fines del siglo XIX, cuando los cartujos hacía muchos años que habían salido del convento. Esta primera botica se situaría en el centro del lado E. del Claustro de los Legos, anexo a la celda prioral.

El plano del Monasterio al que antes hemos aludido se hizo en 1769 de mano del padre Dom Juan Antonio de la Peña y hoy es propiedad del gaditano Don José Pettenghi. En él puede apreciarse la disposición de la Botica junto a la «Sala de Rasura», en el ángulo que forma el claustro de los Monges con la galería que conecta a éste con el pórtico de la celda prioral y finalmente con el claustro de los Legos.

El escritor Joaquín Portillo en sus *Cartas a Don Bruno Pérez*<sup>32</sup> incluye el siguiente párrafo: «A la mano derecha está la pequeña casa que sirvió para la rasura de la Comunidad y así mismo para botica y elaboración (*sic*) de las medicinas; la

<sup>31</sup> Esteve Guerrero, M.: *Notas extraídas del Protocolo Primitivo de fundación de la Cartuja jerezana*, Jerez, 1934.

<sup>32</sup> Portillo, Joaquín. La portada de su libro dice así: «CARTAS escritas por Joaquín Portillo a Don Bruno Pérez con una completa reseña de las vistas y descripción del exmonasterio de NUESTRA SEÑORA SANTA MARÍA de la DEFENSIÓN orden de la cartuja, extramuros de la ciudad de JEREZ DE LA FRONTERA», Ed. por Imp. La Conferencia, Jerez, 1926.

que tenía bellísimos vasos» (en la actualidad se ha convertido en la celda «Z», tras la restauración del Monasterio).

En cuanto al inventario realizado el 30 de diciembre de 1820, para unirlo al «EXPEDIENTE GENERAL PARA LA SUBASTA Y VENTA DE LOS MUEBLES Y EFECTOS CORRESPONDIENTES AL MONASTERIO EXTINGUIDO DE LA CARTUJA EXTRAMUROS DE ESTA CIUDAD» hace constar lo siguiente:

### BOTICA

*Siete cajones como de terciá en cuadro p<sup>a</sup> yerbas medicinales con alguna porción de ella.*

*Dos pesos pequeños p<sup>a</sup> id.*

*Ocho botellas negras con algunos jaraves.*

*Tres redomas de vidrio.*

*Una botijilla verde pequeña.*

*Un espatuladero de madera con dos de yerro.*

*Un mortero de piedra con pie y mano de madera.*

*Una mesa puerta con pie de pino.*

*Una taza de metal para desteir.*

*Una cajilla de madera con varias porciones de Medicina.*

*Un perol pequeño estañado.*

*Un cedazo de seda.*

*Tres orzas de terciá de alto p<sup>a</sup> Medicina.*

*Cinco id. pequeñas p<sup>a</sup> idm.*

*Cuarenta y ocho botes de barro de distintos tamaños con las armas dela Cartuxa á ecepción del mas pequeño.*

*Veinte y siete id. de varios tamaños mas pequeños.*

*Seis Id de cristal*

*Un frasco de idm pequeño.*

*Tres latas de distintos tamaños enlos cuales se hallan varias medicinas.*

*Un estante como de tres varas de alto y dos y media de ancho con cuatro tablas todo de pino y otras dos al lado como de vara de idm.»*

En el manuscrito de Dom Gaspar del Castillo se incluyen varios catálogos de nombres: «Catálogo de los Monges», «Catálogo de los Hermanos» (no sacerdotes), «Catálogo de Bienhechores», relacionados todos con la Cartuja jerezana, entre los que hemos encontrado a algunos profesionales médicos y farmacéuticos que citamos a continuación:

— Dom Thomás del Portillo, natural de Gibraltar, profesó en la Cartuja de la Defensa el 7 de marzo de 1601, ocupa el n.º 46 en el catálogo de los monjes. Fue en el siglo de profesión médico, pero nada se dice de su actuación en el convento como enfermero, ni si tuvo relación con la botica (que ya existía). Este monje colgó los hábitos voluntariamente y abandonó el eremitorio jerezano volviendo a su tierra.

— Dom Joseph Carlos Peña ocupa el n.º 83 en el mismo catálogo. Natural de la villa de Exeas en el valle de Aura. Profesó en 1649. Fue de profesión médico y graduado por la Universidad de Valencia. Ejerció el cargo de Sacristán en el monasterio, por tanto nada relacionado con el oficio de curar. Murió en 1660.

— Dom Antonio de Yepes, ocupa el n.º 157 de los monjes (sacerdotes); natural de Tembleque en la Mancha, profesó en 1754, fue sacristán receptor y enfermero.

— Don Christoval de Tamaio, «boticario de oficio y hidalgo de todos quatro costados». Este nombre aparece en el Catálogo de Bienhechores del manuscrito de la B.N. en el que se detallan sus donaciones para la iglesia y también se dice «...dono a este Monasterio materiales, madera y otras cosas para hacer el aposento que esta junto a la puerta de las Carretas... en la qual vivio algun tiempo antes que muriese. Fallecio este buen ombre en el mes de julio del año de 1565». Respecto a este boticario se desprende, por lo aquí señalado, que no fue monje ni hermano cartujo, sino que se instaló como huesped, pero cabría preguntarse si ejerció su oficio durante el tiempo en que vivió en el convento, aunque en esa época no consta que existiera una farmacia en el mismo.

En una sala del Monasterio de la Defensión se guardan todas las piezas de tinta índole encontradas en el recinto durante el proceso de restauración del mismo, entre ellas se ha podido «recomponer» con los fragmentos hallados un recipiente de la cerámica farmacéutica en el que puede apreciarse la heráldica propia del convento, interpretada por el artesano decorador del mismo:

Se trata de una orza de cuerpo globular con cuello destacado, labio grueso y boca cilíndrica. El fondo debió ser plano (el que se ve en la imagen es una restauración ideal). Responde por su vedrío blanco brillante y el color de su pasta a la cerámica de los alfares trianeros y por su tipología formal y ornamentación al siglo XVIII. La decoración consiste en escudete con lambrequín tenante por dos putti y timbrado con corona de marqués. En el interior del escudete: un pino y dos leones rampantes. Nuestra apreciación de que en esta ocasión el decorador ha interpretado la heráldica se basa en que el escudo oficial (que aparece sellando documentos de esta cartuja) es el de su fundador —perteneciente a la familia de los Morla<sup>33</sup>— cuyas armas son: «Un pino sobre ondas de agua y dos leones empinados a él. Bordura con 8 billetes». Faltan, pues, las ondas de agua y la bordura abilletada; el lambrequín aparece en el último tercio del siglo XVI (Portada del Monasterio, obra de Andrés de Rivera, 1571) y la corona marquesal timbrando el escudo, en el siglo XVIII. Como puede observarse, la hechura formal del vaso y la ornamentación realizada en azul cobalto de la heráldica se complementan para poder datar esta pieza en el siglo XVIII.

<sup>33</sup> Con algunas variaciones al que aparece citado por García Carrafa en su Enciclopedia Heráldica y Genealógica.